



## UN ARQUITECTO CATALAN MEDIEVALISTA: ELIAS ROGENT

Por Adolfo Florensa, Arquitecto

Hacia el primer tercio del siglo XIX se produce, aunque no simultáneamente, en diversos países un fenómeno importante para la historia de la arquitectura; se debilita la fe en el valor de las formas y los elementos de la arquitectura clásica, que desde más de tres siglos antes se habían considerado unánimemente como dechado de perfección, y en el vacío que dejó ese modelo ideal se va introduciendo una admiración creciente por los monumentos que nos habían legado los tiempos medievales.

Es evidente que en ese largo espacio de tres siglos y pico hubo momentos en que la arquitectura que realmente se practicaba estaba lejísima en formas, y aún más en espíritu, de sus modelos clásicos; pero, por lo menos, la teoría y las reglas de los tratadistas seguían invariablemente poniendo en la base de todos los estudios de arquitectura los órdenes columnares de griegos y romanos y los edificios debidos a las grandes figuras del Renacimiento: Brunelleschi, Alberti, Sangallo, Vignola, Palladio.

El oscuro movimiento de ideas y sentimientos que fué el romanticismo conmovió la solidez del sistema, y por esto en algunos países se presentaron síntomas con una anticipación realmente extraordinaria; así en Inglaterra, como hemos hecho notar en otra ocasión (1), donde casi a mediados del siglo XVIII, en 1752, un intelectual, un *snob*, Horace Walpole, se hace construir una casa gótica en Strawberry Hill, que

fué la sensación de la época en la elegante sociedad inglesa; y si esta casa, de material deleznable, desapareció prontamente, no así el «castillo en ruinas» que el arquitecto Sanderson Miller levantó en Hogley, construido con buena piedra de Cotswolds, el cual se mantiene aún en pie, ruinoso como el primer día, pero sin haber adelantado nada en este su estado de ruina.

Estos caprichos, hijos de influencias literarias, se produjeron más o menos en todas partes, pero afectaron más a detalles de muebles y decoración interior que a la arquitectura propiamente dicha, y constituyen lo que los franceses, con frase feliz, denominaron *style troubadour*; pero a ellos siguió una segunda fase, mucho más importante, en que los arquitectos empezaron por estudiar atentamente y con amor los monumentos medievales, y cuando intentaron inspirarse en ellos lo hicieron con una base documental más sólida, a lo que contribuyó también la creciente atención que se dispensó a la restauración de aquellos monumentos.

Esta tendencia, representada en Inglaterra por Pugin y en Francia por Lassus y Viollet-le-Duc, tuvo en España su primero y más brillante adepto en el arquitecto catalán objeto del presente estudio: Elías Rogent y Amat.

\* \* \*

Elías Rogent nació el 6 de julio de 1821, en el barrio del Padró, en Barcelona. Su cuna fué humilde, pues su padre era un modesto «calcaire», es decir, tenía un pequeño comercio de cal, yeso y otros

(1) A. FLORENSA: *Arquitectura gótica en el siglo XVIII*. «D'ací d'allà». Barcelona, junio 1930.

materiales de construcción. Rasgo muy acusado en él es que nunca trató de ocultar este pobre origen, sino al contrario. Buenaventura Bassegoda (el padre de nuestro compañero de igual nombre), en su magnífica biografía de Rogent, que no hacemos más que extractar (1), cuenta que cuando ya su biografiado era profesor y director de la Escuela de Arquitectura, un día en que no acertó él a contestarle una pregunta en clase, hubo de decirle: «Usted debe saber eso, porque si yo soy hijo de un terrón de cal, usted lo es de un trozo de ladrillo», aludiendo a que Bassegoda, en efecto, era hijo y sobrino de meritisimos constructores.

Su primera educación la recibió Rogent en las Escuelas Pías de San Antonio, y, según confesión propia, era alumno poco aprovechado. Uno de sus compañeros y grandes amigos fué el luego célebre escritor de arte y político republicano don Francisco Pi y Margall, el cual, contrariamente, era excelente alumno y ayudaba a Rogent en sus lecciones, a cambio de lo cual éste, más fuerte, le protegía con sus puños en las correrías y pedreas en que, muchas veces, se veían envueltos por el exterior de las murallas. Y es que Pi, según testigos coetáneos, era tímido y apocado, todo lo que su compañero era decidido y resuelto.

Esta resolución le hizo cambiar cuando, siguiendo las aspiraciones de su padre, empezó a prepararse aprendiendo matemáticas e idioma italiano, con objeto de seguir luego estudios de arquitectura. En estos estudios progresó brillantemente, demostrando claro talento para las matemáticas, y cuando en 1840 se dispuso a empezar su carrera, había adquirido útiles conocimientos, pero había adquirido también algo mejor: el gusto de estudiar, que no hubo de abandonarle nunca más. Tuvo un profesor de Historia, don Juan Cortada, que influyó mucho en él, despertándole no sólo con sus lecciones, sino con sus escritos, el amor a la cultura y el ambiente de los siglos medios, que, como hemos dicho, estaba latente en las producciones literarias de la época.

Los estudios de arquitectura los empezó en la Escuela de esta disciplina que la benemérita Junta de Comercio había establecido en 1817 en la Lonja de Mar. Esta Escuela y su primer director, don Antonio Calles, propugnaban un neoclasicismo intransigente, ignorando las obras de otros estilos, de manera que el joven Rogent desde el primer momento se sintió en completo desacuerdo con las enseñanzas que recibía. El afán de conocer «de visu», ya que no se los citaban en la Escuela, los monumentos medievales, desarrolló en él una actividad que conservó toda la vida: la de excursionista. Pero un excursionista en serio, que combinaba sus itinerarios para ver lo más posible de lo que le interesaba, y que no se arredraba ante las dificultades, pues la mayoría de los recorridos, a veces de varios días, los hacía a pie y con la mochila al hombro. De cada viaje escribía detalladas notas, y es curioso que cuando a fines de 1841 pudo realizar una de sus grandes ilusiones, visitando el monasterio de Poblet, entonces recién destruido, después de estudiarlo durante quince días, anotó en sus Memorias numerosos datos de carácter histórico, pero casi nada de arquitectura, pues se sentía honradamente falto de preparación para ello; y se despidió de las ruinas «acariciando la esperanza de que volveré a saludarlas, y que llevando armas mejor templadas para explicar artísticamente mis con-

ceptos, podré apreciar las muchísimas bellezas que atesora el monasterio que ahora no puedo explicar». Y es que, como en la Escuela no se enseñaba más que arquitectura clásica, en el terreno del arte medieval fué en realidad un autodidacto; pero un autodidacto genial, que a fuerza de recorrer palmo a palmo la tierra catalana iba formando un concepto sólido y veraz de lo que había sido su arquitectura románica y gótica. Más adelante esto cambió, pues pudo completar con metódicas lecturas lo que había tenido que aprender por el examen directo. Así, en 1844 se habían empezado a publicar los *Recuerdos y bellezas de España*, en que la pluma de Piferrer y de Quadrado y el lápiz de Parcerisa presentaban una visión romántica, más bella que exacta, de nuestros monumentos, y Caveda da a luz en 1848 su *Ensayo histórico sobre los diversos géneros de Arquitectura que se han practicado en España*. Más tarde, Cruzada Villaamil empieza en 1862 a publicar *El Arte en España*, y poco después se iniciaba la gran empresa de los *Monumentos arquitectónicos*. De los libros extranjeros tiene máxima importancia el *Diccionario*, de Viollet-le-Duc, publicado en 1854, y la obra de Street sobre la arquitectura gótica en España, que lo fué en 1865; pero más tarde volveremos sobre ello.

Cuando iba ya adelantado en sus estudios, se publicó el R. D. de 25 de septiembre de 1844, en que se creaba la Escuela de Arquitectura en Madrid, con un plan totalmente nuevo y un programa de estudios mucho más completo. Rogent, con penas y trabajos por su modestísima posición, se trasladó a la Corte, fué admitido en tercer año después de brillantes ejercicios, y el de final de curso, en presencia del director general de Instrucción Pública, fué tan brillante, que obtuvo la nota de sobresaliente y el número 1. De este modo, trabajando mucho y habiendo perdido a su padre entre tanto, terminó en tres años sus estudios y obtuvo el ansiado título.

La nueva organización de los estudios de arquitectura estaba mucho más cerca de los ideales de Rogent que la antigua que había patrocinado en Madrid la Academia de San Fernando y en Barcelona la Junta de Comercio, pero sometiéndose siempre los alumnos de esta última a una reválida, que consistía en ejecutar un proyecto de edificio de primer orden, que la Academia tenía que aceptar para conceder el título. En la nueva enseñanza las teorías artísticas eran menos cerradas; Caveda saluda la nueva organización con párrafos entusiastas: dice que de ahora en adelante los arquitectos, «huyendo de ser intolerantes, no van ya a buscar los entablamentos y las columnas del Partenón. Exentos

de preocupaciones... interrogan a nuestras basílicas de la Edad Media, a las catedrales ojivales, a las abadías bizantinas, a los alcázares y mezquitas, etc.» «Hoy—dice el marqués de Lozoya (2)—, a un siglo de distancia, no participamos de este optimismo y nos damos cuenta del fracaso de la generación de 1844.» Efectivamente, en Barcelona en ese mismo momento dos arquitectos de la orientación antigua, Buxaréu y Vila, elevaban las magníficas casas llamadas de Xifré, al lado de las cuales todas las posteriores soluciones arquitectónicas del siglo XIX (y no hablemos del XX) hacen un papel muy pobre.

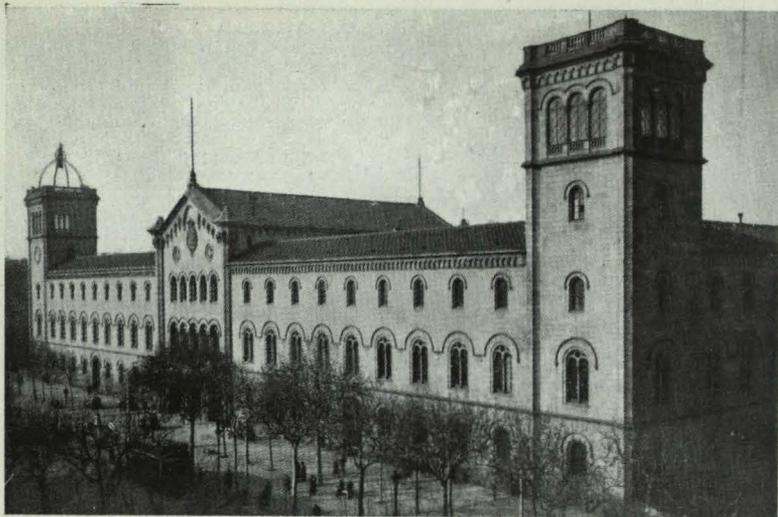
Pero a Rogent no se lo pareció así, y llegó lleno de ilusiones, y según hemos visto con una excelente preparación, dispuesto a ejercer su profesión con el entusiasmo razonado y tenaz que le distinguió siempre. Al año de terminada la carrera, ganó por oposición la cátedra de



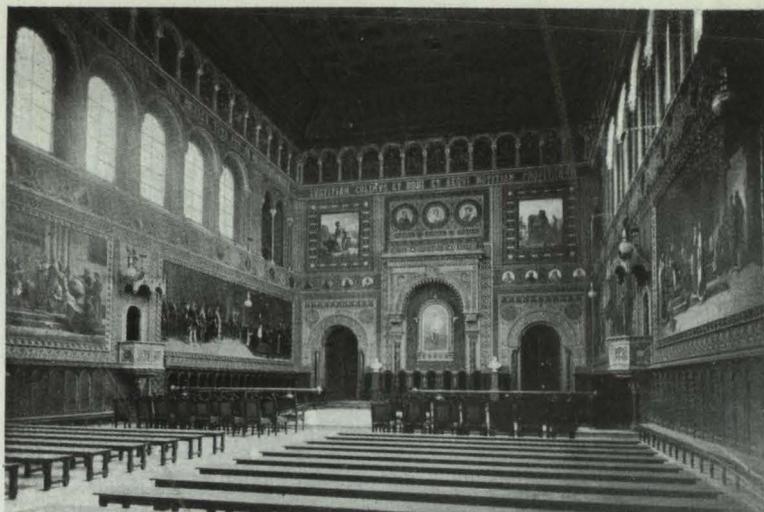
Casa Boada. Uno de los edificios particulares que Rogent trató con más cariño, y con cuyo propietario le unió estrecha amistad.

(1) BUENAVENTURA BASSEGODA Y AMICÓ: *El arquitecto Elías Rogent*. Barcelona 1929.

(2) *Historia del Arte Hispánico*, tomo V (1949), pág. 195.



*Universidad de Barcelona. Fachada. Composición clásica, pero delatando en sus detalles las aficiones medievalistas de su autor.*



*Universidad de Barcelona. Paraninfo. De una ejecución admirable, inspirado en las Universidades históricas españolas.*

Composición de la Escuela de Maestros de Obras, que se había creado en Barcelona para sustituir a la suprimida de Arquitectura, y ya desde entonces no dejó, hasta su extrema vejez, la actividad docente, siendo, cuando se creó de nuevo la Escuela de Arquitectura, en 1874, su primer director, hasta 1889.

Desde muy pronto realizó obras importantes. Casas particulares de alquiler, de las que se conservan muchas en la Plaza del Teatro, en la de la Universidad y en la calle del Paláu, urbanizada en el corazón del casco antiguo, donde había existido el «Paláu Menor» de nuestros reyes. Sus casas tienen un gran aire, proporciones muy nobles y están hechas en gran parte de excelente sillería. Sus formas son, en general, clásicas, pero las cornisas sobre arquillos y algunas aberturas denuncian su predilección por el románico. Para nosotros no representan ningún progreso sobre las citadas de Xifré, pero así y todo, «Deu n'hi do!», como decimos en catalán; es decir, que ojalá hubiera muchas como ellas.

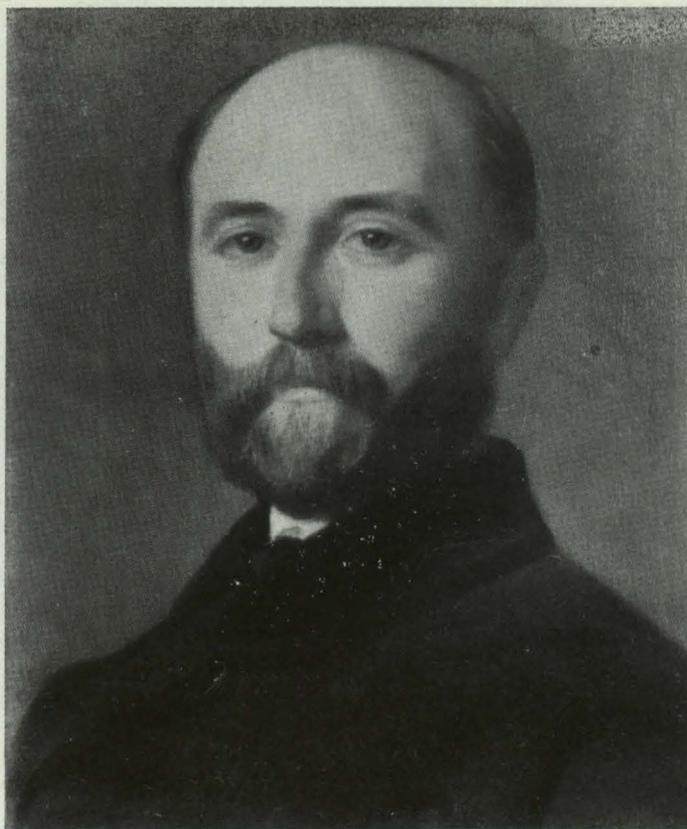
La obra que dió ocasión a Elías Rogent para demostrar su valía y que pone su nombre sin discusión entre los de los maestros de nuestro arte fué la nueva Universidad. Suprimida la antigua de Barcelona como castigo por Felipe V y trasladada a Cervera, hasta 1837, por un decreto de la Reina Gobernadora, no había sido devuelta a Barcelona. Instalada provisionalmente en el abandonado convento del Carmen Calzado, estaba en el ánimo de todos que debía pensarse en un alejamiento más digno y definitivo. Durante el rectorado del Dr. D. Víctor Arnáu intensificáronse las gestiones, a las cuales asoció como arquitecto a Rogent, prueba del prestigio que éste había alcanzado, a pesar de no contar aún cuarenta años. Entusiasmado con el proyecto, realizó un viaje para conocer las diversas Universidades españolas, y en 1860 redactó sus planos, que fueron rápidamente aprobados por la Academia de San Fernando, con lo que se demuestra que también en ésta habían penetrado las nuevas ideas. Los trabajos empezaron en 1863, se organizaron a gran tren con una oficina completa y se terminaron en 1871.

En la Universidad de Barcelona Rogent dió franco camino a sus ideales arquitectónicos. El edificio es grandioso, con todas sus fachadas y partes interiores importantes de magnífica sillería, Rogent, admirador

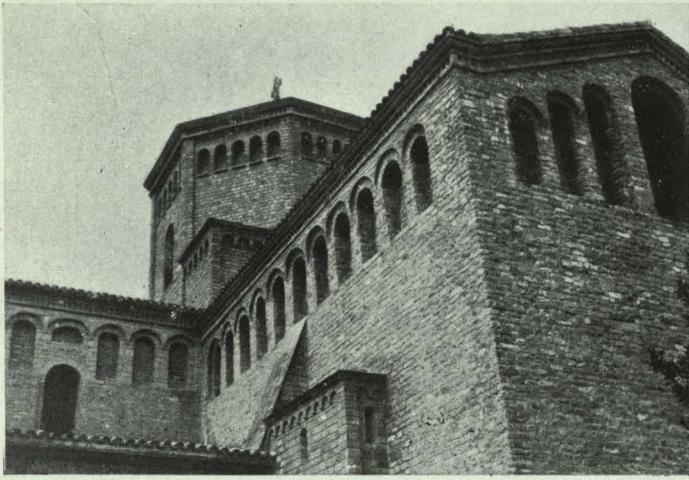
apasionado de la arquitectura románica, empleó las formas de esa época, pero no se propuso en manera alguna levantar un edificio que pareciera románico. La composición de la planta tiene la simetría y la ordenación de ejes que Rogent había aprendido en la Escuela de la Lonja y que tanto censuraba; es verdaderamente una obra maestra. En cuanto a los alzados, su desarrollo horizontal, los grandes muros lisos de sillería, el ritmo amplio y tranquilo de sus huecos y la sobriedad de ornamentación nos dan una obra esencialmente catalana, que se emparenta estrechamente con las de Arnáu Bargués, Pere Blay o Juan Soler que hemos visto en artículos anteriores.

Como es natural en una obra importante, la Universidad de Barcelona ha sido muy diversamente juzgada. Los partidarios de la orientación clásica se encontraban sorprendidos ante un gran edificio público sin columnas ni frontones; incluso se llegó a censurar por un célebre orador que para una institución de cultura se hubiera echado mano de un estilo que recordaba tiempos oscurantistas. Por otra parte, la escuela medievalista que siguió a Rogent, enamorada del gótico y derivando hacia soluciones más ricas y recargadas, encontraba a la Universidad «fría». Pero con la arquitectura, como con la música, hay una prueba que no falla, y es la repetición. Así como los grandes fragmentos musicales, oídos miles de veces, envilecidos por las gramolas y por las radios, siguen llamando poderosamente a nuestra más profunda sensibilidad, también la arquitectura, cuando es excelente, buena y noble, resiste y vence al tiempo; y yo, que desde el primer día que entré en la Escuela de Arquitectura, situada en la Universidad, hace cuarenta y cinco años, hasta la fecha, la he visitado diariamente, excepto en los períodos de vacaciones, me he dado cuenta del encanto profundo que tienen los grandes muros, las largas hileras de ventanas, las torres magníficas, y, en el interior, la composición del gran vestíbulo con la galería transversal del fondo uniendo los dos bellísimos claustros. También hubo un tiempo en que me seducían más otros edificios llenos de fantasía, de aspecto nuevo y sorprendente; pero, poco a poco, éstos han ido envejeciendo y la noble creación de Rogent, en cambio, cada vez nos satisface más.

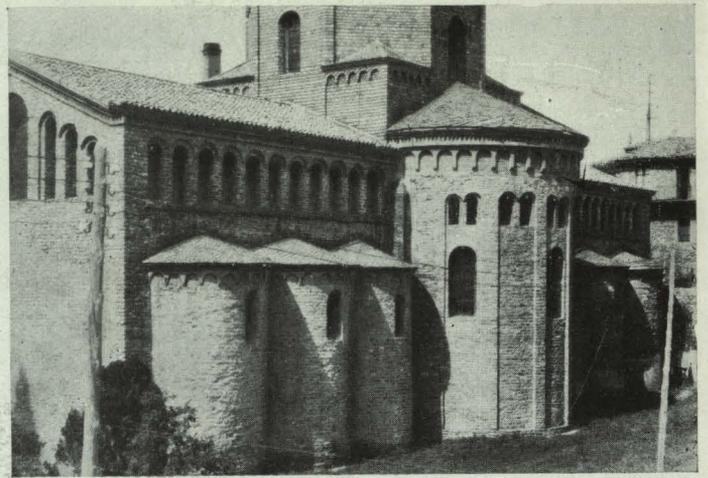
*Retrato de Elías Rogent, por Federico de Madrazo.*



De esta época (1867) es el excelente retrato de Rogent que reproducimos, pintado por don Federico de



*Basílica de Ripoll. Vista exterior del crucero y cimborrio.*



*Basílica de Ripoll. Absides.*

Madrazo, gran amigo suyo. Rogent tenía entonces cuarenta y seis años, hacía dieciocho que era arquitecto y cuatro que dirigía las obras de un edificio importantísimo, en las que montó una oficina con numerosos maestros de obras, dibujantes, decoradores, dos escultores de la categoría de los hermanos Vallmitjana y hasta un secretario, Miquel y Badía, que era un escritor de renombre.

Estaba en la plenitud de su prestigio; y éste era tan grande que pudo acometer con éxito una empresa mucho más difícil que construir la Universidad o restaurar el Monasterio de Ripoll; a saber, unir a los arquitectos de Barcelona, los cuales, según cuenta donosamente Bassegoda, no podían reunirse en número mayor de tres sin que los bastones se enarbolaran por el aire. Rogent fundó la Asociación de Arquitectos de Cataluña, buscó para presidirla a un viejo profesor suyo, don José Oriol Mestres, patriarca de la profesión, y para secretario a un joven de brillante porvenir, Luis Doménech y Muntaner.

Cuando se trató de preparar en Barcelona la I Exposición Universal, el alcalde, alma de la misma, Rius y Taulet, buscó en Rogent la cabeza visible y el eje de toda la organización técnica. El orientó y dirigió los trabajos de los nuevos arquitectos, y en unas reuniones semanales que presidía se cambiaban impresiones y se mantenía la unidad de impulso que permitió llegar rápida y felizmente al brillante éxito de 1888.

\* \* \*

Al lado de su actividad como proyectista y constructor, tuvo Rogent otro aspecto fundamental, que ya podía preverse recordando sus aficiones y su formación; fué un gran restaurador de edificios medievales, un notable arqueólogo.

Ya muy joven, en 1852, recibió el encargo oficial de atirantar y recorrer el claustro de S. Cugat del Vallés para evitar una ruina inminente. Pero después salvó la iglesia gótica de San Juan de Villafranca, que iba a ser subastada por treinta mil reales como «edificio ruinoso». Rogent se movió, acudió a todos sus amigos y logró que se

suspendiera la venta, y más tarde, en 1874, consiguió a través de la Comisión Provincial de Monumentos, de la que formaba parte, que siguiese destinada al culto.

Pero su obra más importante en este aspecto fué la reconstrucción del Monasterio de Ripoll. La gran iglesia románica del Abad Oliva yacía casi completamente destruída, quedando apenas los cimientos, parte de los muros y algunos detalles, entre ellos la célebre portada. El problema con que se enfrentó el arquitecto no fué, pues, el de restaurar un monumento estropeado, sino el de rehacer un edificio inexistente, del que aun los datos que quedaban eran inseguros, pues arqueólogos modernos han llegado a dudar incluso de que la primitiva iglesia tuviese cinco naves, a pesar de que la descripción de Villanueva, que la vió en pie, parece clara. Es evidente, que, en esas condiciones, Rogent pudo equivocarse en muchas cosas; pero en lo que no se equivocó fué en el espíritu y el carácter que supo dar al nuevo Monasterio, que es realmente una obra hermana de las construcciones románicas catalanas, y es que en esto ayudó a Rogent su formación autodidacta y sus aficiones excursionistas. Cuando se trató de proyectar la iglesia de Ripoll no le vinieron a la imaginación los dibujos de Viollet o de otros libros extranjeros, como ha pasado a tantos restauradores españoles (1); lo que le vino a las mientes fué el recuerdo de tantos monumentos románicas catalanes como había visitado y medido: San Cugat del Vallés, San Llorenç de Munt, San Jaime de Frontanyá, la Seo de Urgel y tantos otros.

Este proyecto, que había empezado en 1865, no fué entregado hasta 1886, y se llevó a la práctica; no así su otro gran estudio arqueológico y de restauración, el de la Catedral de Tarragona, hecho en colaboración con don Augusto Font y Carreras, que ha quedado archivado.

Aureolado de gloria, respetado y cargado de honores, don Elías Rogent murió en 1897, a los setenta y seis años escasos.

Aureolado de gloria, respetado y cargado de honores, don Elías Rogent murió en 1897, a los setenta y seis años escasos.

*Basílica de Ripoll reconstruída. Nave principal.*



(1) MARQUÉS DE LOZOYA: *Historia del Arte Hispánico*, tomo V (1949), págs. 343 y siguientes.